



MARIA GRIPE



GRAN
ANGULAR

Los escarabajos vuelan al atardecer

MARIA GRIPE





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM.COM

Primera edición: abril de 1983

Sexagésima octava edición: marzo de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Iria Torres

Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Tordyveln flyger i skymningen*

Traducción del alemán (págs. 7-231): Marta Ruiz Corbella

Revisión de la traducción: Jesús Larriba

Traducción del sueco (págs. 5-6): Neila García Salgado

© Maria Gripe, 1979

© Ediciones SM, 1983, 2019

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9182-057-4

Depósito legal: M-1736-2019

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA VIDA SE COMPONE DE UNA SERIE DE HECHOS

Algunos son más notables que otros y se llaman acontecimientos.

Algunos están planeados cuidadosamente por nosotros mismos o por otro, se rigen por una voluntad y se llaman acciones o proyectos.

Pero algunos hechos no parecen regirse ni por la voluntad ni por la razón, ocurren de manera totalmente inesperada, sorprendente, imprevisible. Los llamamos casualidades o azar, pero no sabemos nada de ellos. No sabemos si acaso pudieran ser, en cambio, fragmentos de un destino ineludible, si vienen dictados por una divina providencia que nadie conoce.

No sabemos nada de ellos.

Pero, aun así, muchos de nosotros hemos sido testigos de que algunos hechos insignificantes, y en apariencia totalmente aleatorios, conllevan importantes consecuencias.

Que la historia que aquí va a contarse saliera a la luz obedeció, en realidad, a dos hechos, ambos, según parece, puras casualidades. No alcanzaremos a saber jamás si fue el azar o el destino el que decidió, tan solo podemos conjeturar.

Esto fue lo que ocurrió:

Primera casualidad:

A las 18:00 horas, de la estación central de Malmö, parte de lunes a viernes un expreso rumbo al norte.

Aquella tarde del martes 27 de junio, el tren salió puntual. Una hora y cincuenta y nueve minutos después –es decir, a las 19:59 horas–, el tren efectuó, todo conforme al horario establecido, una parada en Alvesta.

En dirección al andén conducía aquella tarde un transportista, a buena velocidad, un camión repleto de bolsas y carga-

mento destinados al tren que esperaba estacionado. Justo antes de que el camión llegara al andén, un insecto mayúsculo, un escarabajo volador, impactó en el ojo izquierdo del conductor, y esto hizo que se viera obligado a parar el camión. Le comenzó a llorar el ojo y apenas podía ver.

Este hecho desencadenó que, aquella tarde del 27 de junio, el tren nocturno rumbo al norte partiera de la estación de Alvesta con una demora de tres minutos y veintiocho segundos.

Esto hizo, a su vez, que después de Alvesta el orden preestablecido sufriera alteraciones en diversas localidades.

En el pueblo de Ringaryd, en la provincia de Småland, esos tres minutos y veintiocho segundos ejercerían un papel decisivo en la vida de tres personas.

Sí: en virtud de lo que en un principio podría parecer un hecho meramente casual en el andén de Alvesta, mucho acabaría por salir a la luz ante muchos, no solo ante los habitantes de Ringaryd, en Småland.

Segunda casualidad:

La gente no siempre sabe lo que dice.

La gente no siempre dice la verdad.

La gente no siempre recuerda lo que ha dicho.

Esa era la dolorosa experiencia que, en sus doce años de vida, Jonas Berglund había adquirido en casa y en la escuela.

A fin de documentar y analizar el uso de la verdad y de la mentira en la realidad, y a fin de acercarse más a poder dilucidar la diferencia entre la mentira consciente e inconsciente dentro del discurso humano –sobre todo el de padres y profesores–, Jonas Berglund ansiaba desde hacía mucho un magnetófono de casete.

No había conseguido que le regalaran la grabadora ni por Navidad ni por Año Nuevo. Pero en su decimotercer cumpleaños su deseo se materializó, en gran medida gracias a que su hermana de quince años, Annika Berglund, había intercedido animosamente a su favor. Debido a esos dos hechos casuales, que nada parecían tener que ver el uno con el otro –es decir, el escarabajo en el andén de Alvesta y el regalo de cumpleaños de Jonas en Ringaryd–, ciertas relaciones tiempo atrás escondidas y olvidadas del pueblo de Ringaryd quedarían ahora destapadas y serían finalmente desveladas.

Cuando Jonas Berglund cumplió trece años, el 27 de junio, recibió, por fin, la deseada grabadora. De inmediato comenzó sus investigaciones.

Quería proceder metódicamente y por eso empezó grabando los ruidos que aparecen en la naturaleza cuando los animales se comunican entre sí.

También quería grabar todos los ruidos mecánicos que se producen en las diversas actividades humanas.

Aquella noche del 27 de junio, Jonas, con su hermana Annika, que tenía quince años, y un amigo de ambos, David Stenfåldt, que era un año mayor que Annika, caminaban despacio por el campo, junto a la vía por la que el tren nocturno de Estocolmo debía pasar muy pronto. Jonas quería grabar el traqueteo de las ruedas.

Era una noche preciosa, todo lo serena y hermosa que pueden ser las noches de verano. Empezaba a asomar la luna, que en un par de días sería luna llena. No se movía ni un soplo de viento; se oía cantar a los grillos entre la hierba; el agua murmuraba, deslizándose entre las piedras del riachuelo que nacía en el bosque, al otro lado del campo, y atravesaba el pueblo de Ringaryd.

Jonas acababa de grabar el canto de los grillos y había desconectado el magnetófono.

–¿Lo sabías, Annika? –preguntó de repente David.

Jonas conectó de nuevo el aparato.

–¿Qué? –contestó Annika.

–Que cuando uno se hace viejo, ya no es capaz de oír cantar a los grillos.

–¡Pero si cantan altísimo! –contestó Annika.

–¡Precisamente por eso! Esos tonos tan altos no se perciben cuando uno se hace viejo –explicó David.

Jonas desconectó de nuevo el aparato.

–¿Alguien quiere regaliz? –preguntó, sacando una caja de regaliz que llevaba siempre en el bolsillo.

Pero no quisieron. En realidad, lo sabía. Jonas creía que Annika y David eran unos anticuados, pues decían que su regaliz era demasiado fuerte y que el regaliz corriente era mucho mejor.

Jonas no lo tomaba por su sabor, sino por sus efectos. Quería conservar siempre ágil el pensamiento, y decía que el regaliz le hacía más inteligente; pero ninguno de sus dos amigos lo veía así.

Entretanto, llegaron las 21 horas y 36 minutos; es decir, la hora en que pasaba el expreso por Ringaryd.

–¡La hemos hecho buena, se nos ha escapado el tren! –murmuró Jonas.

–Me extraña –contestó David–. Tendríamos que haberlo oído.

–Voy corriendo un momento al río –dijo Jonas mientras desaparecía cuesta abajo.

Todavía no había registrado en su grabadora el murmullo del río de Ringaryd. Los otros dos lo siguieron. Mientras esperaban el tren, grabó el ruido del agua. Quería tenerlo, como contraste de la naturaleza frente a los trepidantes ruidos de los adelantos humanos.

De repente, Annika susurró:

–¡Silencio, por ahí hay alguien remando!

Se oía un ruido ligero, cauteloso. Jonas puso la grabadora en marcha:

–Aquí Jonas Berglund. Estoy grabando junto a la orilla del río. Se oye el chapoteo de unos remos. Parece que hay alguien remando. ¿Quién podrá ser?

–Seguro que es un hombre mayor –susurró Annika.

Jonas comentó en voz baja:

–Debe de ser un hombre de edad indefinida.

Justo en ese momento, se oyó toser al desconocido. Era un tos fuerte, que Jonas grabó en su cinta. Al mismo tiempo se oyó el grito de un pájaro, lo que resultó una combinación de sonidos muy interesante.

Aparte de eso, todo estaba en calma. Se oyó al bote deslizarse entre los juncos y atracar en algún sitio cercano.

Jonas siguió informando:

–Debido a la espesa vegetación de juncos, no puedo dar noticias exactas sobre el lugar en que ha atracado el bote.

De pronto, se oyó un ruido lejano a través del silencio, y Annika exclamó:

–¡Jonas, corre si quieres grabar el tren!

Los tres subieron apresuradamente hasta las vías y llegaron justo en el momento en que el tren pasaba atronadoramente.

–¡No te acerques tanto, Jonas! –le gritó Annika; pero su voz se perdió en el estrépito del tren.

Jonas registró, jadeante, en la cinta:

–Estoy grabando el ruido del expreso de Estocolmo, que pasa en este momento, con gran peligro de mi vida. Ahora son exactamente las veintiuna horas y treinta y seis minutos. La distancia que me separa de las vías es, más o menos, un metro treinta.

El tren pasó de largo y Jonas desconectó la grabadora.

–¡Eres un imprudente, Jonas! –gritó Annika–. ¡No deberías acercarte tanto al tren cuando está pasando!

–En este trabajo es inevitable correr ciertos riesgos –contestó Jonas tranquilamente, mientras los vagones desaparecían a lo lejos dejando un silencio indescriptible.

–Me gustaría saber adónde va –dijo de repente Jonas.

–¿A quién te refieres? –le preguntó David.

–¡A quien estaba remando! Anda, vamos deprisa y lo averiguaremos.

–Lo que tenemos que hacer es volver a casa –murmuró Annika.

Sin embargo, David opinó que aún podían dar un paseo por la orilla. Todo estaba oscuro y lleno de vegetación. Ninguno conocía el camino.

–¡Mirad ahí! –Jonas se quedó parado, señalando un bote escondido en un lugar al que era difícil llegar desde tierra–. Tiene que ser alguien que no quiere ser visto; esto es muy sospechoso –dijo grabando la noticia.

–¡Deja ya de jugar a periodista! –le riñó Annika.

De pronto, la orilla se hizo accesible. Había numerosos sauces llorones que hundían sus ramas en el agua.

Los chicos caminaban sobre un césped blando como el de un parque. La luna los iluminaba. Entonces vieron un pequeño atracadero y, amarrado en él, un bote blanco que se balanceaba bajo la luz de la luna.

–Por aquí tiene que haber un camino que suba hasta arriba –dijo David.

–¿Has estado alguna vez aquí? –le preguntó Annika.

–No –contestó.

–Entonces, ¿cómo lo sabes...?

No respondió. Se comportaba de una manera muy extraña, andaba dando vueltas como un sonámbulo, con los ojos muy abiertos.

–¡Aquí está el sendero! –gritó señalando una senda que subía la pendiente–. Lleva al jardín que hay detrás de la casa –dijo, y empezó a subir la cuesta.

–¿De qué casa hablas? Acabas de decirnos que no has estado nunca aquí –dijo Annika, que tenía que caminar deprisa para poder seguir su paso.

–David, nos has dicho que no has estado nunca aquí...

–¡Claro que no he estado! Pero tengo la impresión de que conozco todo esto.

–Tiene que ser el jardín de la quinta Selander –indicó Jonas.

–Es posible –admitió Annika–. Esa casa se puede ver desde la carretera.

David se quedó mirando a Annika como si no la entendiera.

–¡Deja ya de hacer teatro, David! –le dijo Jonas–. ¡Claro que ya has estado aquí! Lo que ocurre es que lo has olvidado.

David no contestó. Siguió subiendo la pendiente. El sendero se abría paso entre los árboles. David subía con rapidez. Annika y Jonas lo seguían.

–¡Caray, cuántos mosquitos!

Annika agitaba los brazos, pero a Jonas se le ocurrió algo mejor: puso en marcha la grabadora, pues todavía no había grabado el zumbido de los mosquitos.

–No vale la pena, Jonas –le dijo Annika–. Es perder el tiempo –y se rascó un brazo.

David empezó a correr y se alejó un buen trecho de ellos. Annika lo imitó y echó también a correr.

–¡Qué prisa tienes! ¡Espérame, por favor!

El chico se detuvo y esperó hasta que ella lo alcanzó.

–¿Qué pasa, David? Pareces totalmente...

–Sí –la interrumpió–. Conozco este sitio con todo detalle, ¡y no he estado aquí nunca!

Annika no sabía qué responder. David parecía tan distinto que le daba miedo.

–Oye, ¿por qué no damos la vuelta y regresamos? –le pidió.

No, él quería seguir. Ya era tarde para dar la vuelta. Estaba nervioso y su cara resplandecía a la luz de la luna.

Annika se volvió hacia Jonas, que aún estaba abajo, grabando el zumbido de los mosquitos. Estaba intranquila.

–David, se hace tarde para Jonas. Tenemos que regresar.

Pero David no la oía. Señaló el sendero, que ascendía.

–Allí, detrás de aquel recodo y de aquellos arbustos, termina el sendero. Luego hay una empinada y vieja escalera de piedra, bastante desmoronada. Al subir hay una pradera; luego, un muro de piedra con una cancela blanca entre dos pilares de piedra. Detrás hay un césped, con un lilo a la izquierda. Un par de metros más lejos hay un estanque. Junto a él, un banco blanco, despintado. Detrás del arbusto crece un jazmín en flor. Desde el estanque arranca un camino enlosado, a lo largo del cual hay unos rosales cuajados de pequeñas rosas amarillas...

David hablaba como en sueños. Mientras tanto, Jonas había llegado hasta ellos y había grabado todo. David se quedó callado y vio que los otros dos tenían cara de sueño.

–¡Sigue hablando, David! –le pidió Jonas–. No te pares. ¡Sigue! David se frotó los ojos.

–¡No! –contestó–. Con esto es suficiente.

Les volvió la espalda y siguió caminando, aunque no tan deprisa como antes. Annika le cogió la mano.

–¿Tienes miedo a la oscuridad? –le preguntó Jonas.

Ella negó con la cabeza. No estaba oscuro: la luz de la luna inundaba todo. Cuando rodearon el arbusto, se toparon con una empinada escalera de piedra, tal como la había descrito David. Era muy vieja, ofrecía un aspecto ruinoso y los escalones estaban llenos de grietas entre las que crecía la hierba. Annika sintió un ligero escalofrío. El viento de la noche siseaba entre las hojas.

Veían sus propias sombras negras delante de ellos, mientras que el aire estaba lleno de claridad. David subió la escalera, se agachó y cortó un tallo en flor. Se lo dio a Annika y le susurró:

–Es una *Stellaris graminea*, una gramínea estrellada.

Jonas y Annika lo siguieron escaleras arriba. Atravesaron la pradera, llena de flores silvestres adormiladas bajo la luz de la luna; después, la blanca cancela del jardín, el césped, y pasaron también junto al lilo en dirección al banco despintado junto al estanque.

Allí se sentaron. Ante ellos pasaba el camino enlosado, flanqueado por rosales amarillos. Todo era tal como David acababa de describir.

–¡Es como un sueño! –murmuró Annika.

–Sí –suspiró David–. Debería ser simplemente un sueño; pero existe en la realidad.

–¿A qué te refieres?

–Anoche soñé con este jardín. Llegué a él de la misma forma que hoy, por el mismo camino. Por eso lo conocía ya. Anduve en sueños por él.

Se calló un momento. Los otros dos no decían nada. Entonces prosiguió:

–También estuve en la casa... En sueños, no en la realidad –señaló la casa que se destacaba, blanca, entre los árboles.

Hablaba muy bajo, casi susurrando. Jonas había conectado la grabadora y registraba todo lo que David decía.

Al fin, David se levantó y se fue andando lentamente hacia la casa, que estaba rodeada de altos tilos. Jonas lo seguía de cerca, para no perder ni una sola de sus palabras. Hablaba bajo, como en sueños. No parecía su voz.

–Llegué a un vestíbulo con una escalera; pasé por muchas habitaciones, pero yo no conocía nada. Sin embargo, sabía dónde estaban las puertas; las abría, entraba, pero nunca las había atravesado. Sabía dónde estaba cada cosa, cada mueble, cada objeto; lo sabía todo. Pasé delante de unas ventanas con plantas y sabía qué plantas eran. Sin embargo, nunca las había visto. Había muchas plantas. Pasé delante de ellas. Alguien cantaba. Era un canto muy bonito y, a la vez, extraño. En la repisa de la ventana vi una planta; sus flores eran azules. Y el reloj empezó a sonar muchas veces. Entonces vi cómo se movían las hojas de la flor; se elevaban y se alargaban, muy lentamente, hacia mí. Y alguien seguía cantando; una niña, creo, aunque no la podía ver. No sabía dónde estaba ni quién era. Solo oía su voz cantando sin cesar...

David enmudeció. Seguía con las manos levantadas, como las hojas de la planta que acababa de describir.

–Entonces me desperté –dijo.

–Yo jamás he tenido sueños como ese –comentó Annika, pensativa–. ¿Qué puede significar un sueño así?

David se encogió de hombros.

–Probablemente, nada... No sé...

De pronto, vieron a Jonas correr hacia la casa. Annika salió corriendo tras él.

Encontraron a Jonas en la parte delantera de la casa, detrás de un arbusto. La casa estaba a oscuras. Dos ventanas estaban abiertas, una a la altura del suelo, la otra en el piso de arriba. Desde allí se oían pasos.

Antes de que se lo pudieran impedir, Jonas estaba trepando por un viejo manzano que crecía junto a la casa. Annika le cogió un pie para hacerlo bajar, pero se quedó con el zapato en la mano, mientras Jonas subía y subía.

Entonces, alguien encendió una lámpara en la habitación de arriba. Un tenue rayo de luz cayó sobre el jardín. Jonas había conseguido llegar a lo más alto del árbol y se ocultaba detrás de una rama muy frondosa.

David y Annika se escondieron detrás de un arbusto. No se atrevían a hacer ningún movimiento. Oyeron cómo Jonas conectaba la grabadora y empezaba a decir en voz baja:

—Aquí Jonas Berglund. Me encuentro en el jardín de la quinta Selander. Las condiciones del lugar no son buenas y ruego disculpas por la mala calidad del sonido. He instalado un puesto de observación en la copa de un manzano, justo enfrente de una ventana abierta, en la parte delantera de la casa. La ventana de abajo está igualmente abierta. En la de arriba acaban de encender una lámpara, que da una débil luz. Me parece como si oyera... ¡Un momento, por favor! Hago una pequeña pausa para grabar los ruidos de la habitación. ¡Evidentemente, aquí pasa algo! ¡Un momento, por favor!

David y Annika vieron horrorizados cómo Jonas seguía trepando por el árbol. Avanzó un poco por una rama, se inclinó y se tumbó sobre el vientre. Era muy peligroso. La rama se balanceaba tanto que Annika clavó sus uñas en la mano de David. Era horrible estar allí sin poder hacer nada, mientras Jonas avanzaba por la rama para acercarse lo más posible a la ventana con el micrófono. De pronto, la rama crujió; pero afortunadamente aguantó.

Por lo visto, Jonas ya había grabado lo que quería, pues volvía sobre sus pasos. Abajo, en el suelo, sus dos amigos contenían la respiración. La rama se movía y crujió. Por fin lo consiguió. Jonas ya estaba a salvo; aún sobre la rama, pero ya apoyado en el tronco.

–Grabando de nuevo. Los pasos que acabamos de registrar pertenecen a una vieja; perdón, a una señora, a una dama... que creo conocer... ¡Un momento, por favor! –Jonas desconectó la grabadora y se inclinó hacia David y Annika.

–¿Cómo se llama la dueña de la pensión? –susurró.

–¡Baja ahora mismo, Jonas!

–Sí, pero ¿cómo se llama?

–Señora Göransson. ¡Baja inmediatamente!

Sin embargo, Jonas cogió otra vez el micrófono y prosiguió su informe:

–... una señora, que se llama señora Gustafsson...

–¡Göransson! –sonó desde abajo con tono enojado.

–Perdón. Göransson. Tengo mala memoria para los nombres.

Carraspeó; parecía como si hubiera perdido el hilo. Pero lo cogió de nuevo, se metió una pastilla de regaliz en la boca y continuó:

–Me encuentro a unos quince o veinte metros de distancia de la vieja..., perdón, de la señora, que camina como una sombra oscura por la habitación. Apenas puedo ver lo que hay dentro; pero veo que la señora Göransson viene con algo que parecen papeles de periódicos. Con ellos empieza a envolver un paquete largo y bastante estrecho que está junto a la pared. Parece estar pensando que ese embalaje no es suficiente. Sus movimientos son rápidos y nerviosos. El paquete tiene como metro y medio de largo y contiene... Bueno, ¿qué contendrá? ¿Quizá una alfombra? Pero ¿qué es lo que estoy viendo?

Exponiéndose bastante, Jonas volvió a agacharse y se tumbó, apoyando el vientre contra la rama. Esta cedió; se balanceaba y temblaba peligrosamente, mientras Jonas susurraba en el micrófono:

–¡Sí! Veo una sombra sobre la pared, una sombra grande, oscura, que se mueve lejos de la señora Göransson. No se trata de la sombra de la señora Göransson. ¡Hay otra persona en la habitación! ¡Un momento, por favor!

Jonas orientó el micrófono hacia la ventana; dentro se oía toser.

La señora Göransson empezó a hablar tan claramente que hasta David y Annika pudieron oírla:

–De todas maneras, quiero comprobar si está todo en orden.

Jonas susurró al micrófono:

–Sí, hay otra persona en la habitación, alguien que por algún motivo no se muestra abiertamente; que calla, pero que tose.

¿Quién podrá ser? Ahora veo a la señora Göransson ir hacia la puerta. La sombra desconocida camina muy cerca de ella, se inclina y desaparece. Veo cómo quita el paquete de la pared y lo deja en el suelo. Se apaga la luz y la habitación queda a oscuras. Pero, en cambio, veo que...

Hizo una pausa y comenzó a bajar. Annika suspiró aliviada. Pero su alegría duró poco. Se acababa de encender la luz de la habitación de abajo. Jonas volvió a acomodarse en el árbol, unas cuantas ramas más abajo, pero aún bastante arriba. La casa tenía un alto zócalo de piedra, de manera que David y Annika no podían ver bien lo que ocurría dentro. Oían a Jonas murmurar al micrófono:

—¡Atención! La señora Göransson acaba de entrar en la habitación de la planta baja. Va hacia el teléfono, que está sobre una mesa al lado de la ventana. Se encuentra ahora más cerca de mí que antes, y tengo que obrar con la mayor prudencia. Sin embargo, la sombra del hombre de la tos no puedo verla. Ahora la señora Göransson está hojeando un cuadernillo. Lo más probable es que esté buscando un número de teléfono. ¡Exacto! Lo ha encontrado y empieza a marcar...

Jonas orientó rápidamente el micrófono hacia la ventana para grabar el ruido al marcar. Al mismo tiempo, sonó el pitido de un tren que pasó atronadoramente. Por suerte era un tren corto. Cuando volvió el silencio, se podía oír la voz de la señora Göransson:

—Sí, por supuesto, ya sé que corro ese riesgo. ¿A qué se refiere? No, no se ve, nadie se dará cuenta. Claro, aquí estuvo un viejo de esta localidad... No, naturalmente que no he cogido a uno cualquiera. En caso de que este viejo se fuera de la lengua, nadie le creería. ¡Sé bien lo que hago! Nadie lo toma en serio... Sí, gracias, acabo de recibir la mitad del dinero. Pero ¿cuándo lo va a mandar? De acuerdo, saldrá bien. No olviden mis nuevas señas. Muchas gracias. Hasta pronto.

La señora Göransson colgó el teléfono, y Jonas retiró con cuidado el micrófono. Todo quedó en silencio. Ella permaneció un momento junto a la ventana, mirando fijamente la oscuridad de la noche. Durante toda la conversación había permanecido allí, de pie. Parecía como si mirara directamente a Jonas.

Se acercó a la ventana y se asomó afuera. Había tal silencio que casi se podía oír su respiración. Los segundos parecían eternos. ¿Escuchaba algo? ¿Había oído algún ruido?

David y Annika contuvieron la respiración. ¿Lo habría descubierto?

Finalmente, se asomó más aún y desenganchó la contraventana. Justo cuando la cerraba, oyeron cómo decía en voz alta:

—¿Cuándo piensas salir?

La ventana se cerró con un golpe, y Jonas murmuró en el micrófono:

—Bien, amigos oyentes, ruego disculpen las molestias, ocasionadas por un ruidoso tren que iba hacia el sur. Ustedes mismos pueden comprobar las difíciles condiciones en que he realizado este reportaje. La ventana, abierta hasta ahora, está cerrada, y rápidamente se extienden la oscuridad y el silencio sobre la quinta Selander. Antes de finalizar mi reportaje, quiero haceros algunas preguntas: ¿Sabremos algún día qué ha sucedido esta noche tras estas paredes? ¿A quién pertenece esa misteriosa sombra? ¿Pertenece al hombre que antes vimos remando en el río? ¿Quién es el hombre de la tos?

Jonas apagó la grabadora y bajó del árbol. Annika le devolvió el zapato en silencio. De repente, se dio cuenta de que tenía frío. El aire no era frío, pero ella estaba tiritando.

—¡Qué frío hace! —dijo—. Me ha venido una ráfaga de viento helado.

Los otros dos no dijeron nada. Jonas estaba ocupado otra vez con su grabadora, y David parecía ensimismado. Tenía una expresión extraña en los ojos.

—¿Qué te pasa, David? ¿Se puede saber?

David se encogió de hombros y contestó que no era nada. Pronto volvió a tener el aspecto de siempre. Annika se sintió aliviada y dijo a Jonas:

—¡Ahora sí que tenemos que volver a casa!